

UN LUGAR TRANSITABLE

He escrito algunas páginas y he bajado a la calle.

Ya ha caído, quizás, la última hoja
y el invierno se extiende lentamente
entre las dos orillas: este año
rodará sobre el césped
y hará crujir los labios de los hombres
que ahora son vulnerables. Hace frío.
Recuerdo, sin embargo, que mis últimos versos
fueron rocas azules sobre un paisaje íntimo,
miradas encendidas por la luz del verano.

En los alrededores,
unos muros de piedra ponen límite
a un jardín inconcluso.

Ha quedado la sombra, detrás de la ventana,
del hombre que aún no soy, entre las hojas
que hasta ahora no he escrito, en las palabras
que encontraré algún día.

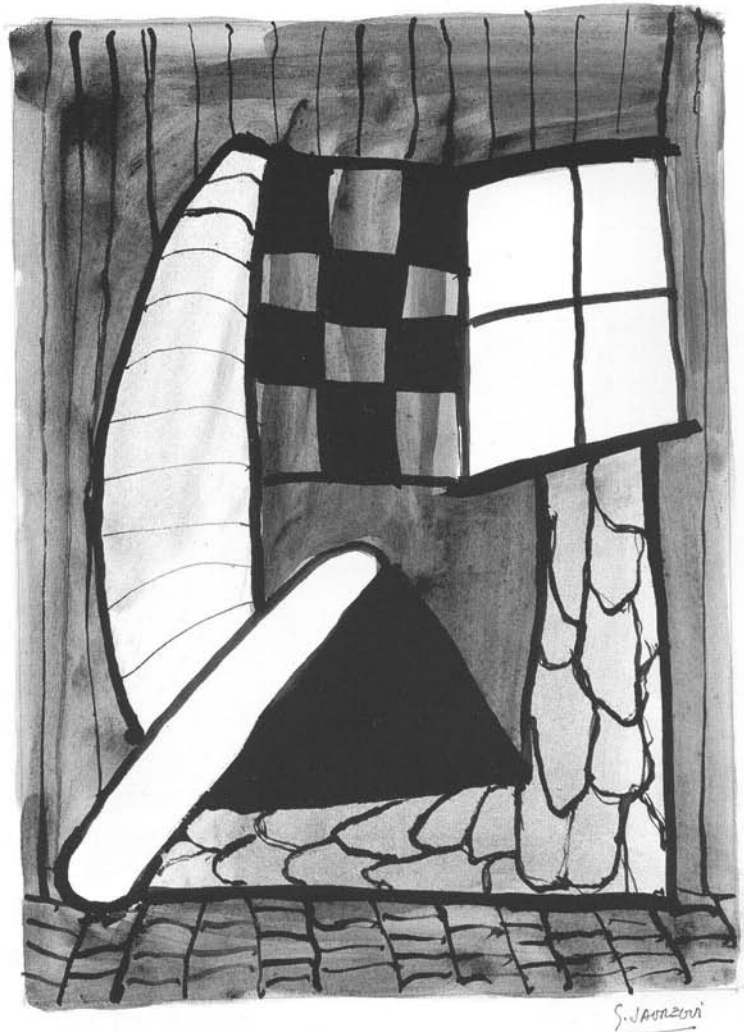
El que he sido hasta hoy cruza de nuevo
sus bosques interiores,
los lugares contiguos en los que la mirada
se vuelve y se apacigua, donde rumor apenas
pone nombre a las cosas
que sólo he presentado.

Los pájaros nocturnos están cerca.
Van llegando de lejos,
con las alas plegadas,
para apagar la llama de todo lo que duerme.

Ya no hay nadie en las calles,
ya no hay nadie que arroje tampoco su moneda.

La belleza del mundo, la oscuridad del mundo.

¿Qué extraño privilegio, qué escritura indeleble
dará forma a este espacio que una puerta
divide y no divide,
quién hallará el camino, su lugar transitable?



AL FINAL DE LA TARDE

No he escogido el lugar: alguien se acerca
desde fuera del mundo y me conduce
con los ojos cerrados hasta el centro
de un paisaje en el sur donde descubro,
bajo el sol de la tarde,
colinas diminutas salpicadas de iglesias y cultivos
que crecen lentamente hasta el mar y se sumergen,
después, bajo sus aguas,
bajo el débil reflejo provocado por su oscilaciones
y el flujo de las rocas.

Una mujer al fondo recoge con sus manos
la piedad de la tierra
mientras crece en silencio, sobre el lento
corazón de las cosas, la sombra de los árboles.

Donde alcanzan los ojos, en el límite,
donde tiene lugar la imperceptible división de las olas,
una mina de oro abandonada: aún es de día
en las habitaciones de los hombres.